

SECCIÓN HISTÓRICA

LA GUERRA DE LOS SIETE PUEBLOS

(1750-1756)

SEGÚN UN MANUSCRITO INÉDITO DEL P. BERNARDO NUSDORFFER, S. J.

(Continuación)

Diligencias que se hicieron para hallar estancias

17. Demás destas diligencias para hallar puestos para Pueblos se hicieron otras para hallar estancias para otros, que las pierden con esta línea divisoria. S. Thomé pierde su estancia y se le señaló, y registraron los Thomistas una tierra del Ibero, que antiguamente fué de San Miguel; se dió después a Loreto, y éste la prestó a S. Xavier, que no la pobló.

Concepción pierde el camino para su estancia, aunque la misma quede dentro de los límites de España. Se le señalaron los campos del Mboquareta hasta el Yuquerí, las registraron los Concepcionistas, aunque su Cura no está contento con ellas. Para el Pueblo de la Cruz se señaló lo que está en la otra banda del Miriñay, Ibero y Río Corrientes y Miriñay por términos, y el umbu, adonde comienza la tierra de San Luis. Se pidieron al Gobernador títulos de lo Baldés, desde el Río Negro hasta Queguay y lo del Río Negro y Ibiuay, y los dió. También dió de lo de Medina cerca de la estancia de la Trinidad, pero como faltó una firma, se embió un papel a Buenos Ayres para que lo firmen, y como no llegó más, no se han presentado dichos papeles a la Ciudad de Corrientes. Y si se executa que la Cruz, San Luis y la Concepción pueblen aquellas tierras, se le han de pedir títulos de lo que está desde el Ibero, alguna parte del Río Corrientes y Qualeguay hasta su boca, de toda la tierra contenida entre el Uruguay y Qualeguay, de suerte que desde la boca del Río Guayaibí que entra en el de las Corrientes, se tira una línea hasta la cabezada del Qualeguay, y lo que está entre el Río Corrientes y Qualeguay, hacia el Miriñay que quede para las Doctrinas.

Diligencias hechas de otras cosas necesarias para la transmigración

18. Demás de estas diligencias, como se avía de transportar toda la hacienda de los 7 Pueblos, se ordenó que en San Xavier, Santa María y MMs. cada uno hiciesse 50 carretillas para ayudar a transportar dicha hacienda; lo mismo se ordenó a la Concepción y los Apóstoles. Itt. que para mudar el ganado procurassen de tenerlo sujeto a rodeos, y que los Pueblos que avían de transmigrar determinassen, respectivo a las tierras que avían excojido, en que passos los avían de passar.

Llegada de los comisarios a Buenos Aires a 20 de Febrero de 1752

19. Mientras aquí en las Doctrinas se atendían a estas cosas y yo en la Candelaria esperaba lo resuelto de la propuesta del P. Mathías Estrobel,

vino noticia de que a 20 de Febr. pasado de 1752 avía llegado a Buenos Ayres un navío en que venían los Comissarios Reales, que avían de cuidar de la execución del Real Tratado, y haziendo aquí una reflexión de lo que decía N. P. Grl. nuevo en la suya que estubiesen evacuados ya los 7 Pueblos quando llegassen los Comissarios, es a saber que los Comissarios llegaron 5 días antes que recibiésemos nosotros y supiésemos algo de estas cartas. Pues, llegaron los Comissarios a Buenos Ayres el día 20 de Febrero y las cartas de N. P. Grl. a 25 del mismo mes. Por Commissario principal vino D. Gaspar de Munive, marqués de Valdelirios, Consejero de Indias, natural de Guamanga, de 41 años de edad; por 2.º D. Juan de Echeberría, Capitán de fragata, natural de Victoria, su edad la misma con poca diferencia; por 3.º D. Franc. de Argueda, Contador del Consejo de hacienda, natural de Cuzco, su edad de 32 años; por 4.º Manuel de Flores, teniente de navío, natural de Salamanca, de 31 o 32 años. Vinieron con ellos dos Jesuítas, uno el P. Luis Lope de Altamirano, de edad de 50 y tantos años, el 2.º el P. Rafael de Córdoba, de edad de 35 años, ambos de la Provincia de Andalucía, el primero hermano menor del P. Pedro Ignacio de Altamirano, Procurador General de Indias y Confesor del Sr. Caravajal.

Al principio no se supo el oficio que éstos traían. Después se supo venían estos de parte de N. P. Grl. para la execución, el primero por Comissario del Grl., el 2.º por compañero o substituto del primero in casu mortis.

Venían también en el mismo navío varios oficiales para hacer la demarcación. Y eran D. Athanasio Baranda de Madrid, D. Ignacio Mandizaval de S. Sebastián, D. Juan Marrón, rioxano; Franc. Millán Gaditano, D. Alonso Pacheco de Crotava en Tenerife, todos del grado de alférez de navíos, de edad de 22 a 24 años. Por secretario del Marqués D. Blas Gascón, Valenciano, alfez en el cuerpo de la artillería de tierra.

Conferencias hechas en Buenos Aires

20. Llamaron luego los Comissarios a N. P. Provincial a Buenos Ayres para intimarle los órdenes Reales; él llegó a fines de Abril a Buenos Ayres con su Secretario. El Marqués le entregó una Cédula Real y preguntóle de varios puntos sobre esta entrega y camino que habían de llevar los demarcadores en escritis. El P. Provl. respondió en escritis; tuvieron varias conferencias; le entregó también el mismo tratado. (Todo se puede ver en los mismos papeles que están en el archivo.)

N. P. Comissario le entregó sus patentes ordenándole los hiziesse intimar, como se hizo. Destos se vió que venía por Comissario del P. General a petición de la Corte y que él avía de correr con el negocio y no más el Provincial, como era la primera disposición, y que el Provincial así de aquí, como él del Perú le habían de ser sujetos a él, y todos, y los poderes que tenía en orden a este negocio contra los Nuestros, hasta proceder a la dimisión. Y así cesaba entonces todo el poder del P. Provincial en orden a este negocio.

A 4 de Mayo me escribió a mí el Comissario, dándome sus veces y embiando sus patentes y una carta que avía escrito al Sr. Caravajal, en que se ofrecía aun a perder la vida en la demanda, como se puede leer en la misma carta. Escribió a los 7 Curas exhortándoles excojiessen luego sitios

y comenzassen luego las mudanzas, y pedía juntamente carretona y escolta en el Yapeyú para el tiempo que juzgábamos podía estar ay según el tiempo que nosotros, tanteando por la llegada de las cartas, los días juzgásemos podía estar en el Yuquerí. Y juzgando que a fines de Junio podía estar, se ordenó que a tal tiempo estubiesen los carretones, como realmente estuvieron prontos. Pero él no salió tan presto como decía, por alguna indisposición, y así no llegó hasta 3 días de Agosto al Yuquerí como después lo veremos.

21. Las cartas embió por 2 vías, la primera venía por el Uruguay en canoa, la 2.^a vía con un soldado por Santa Fe, y esta llegó primero. Recibíla todavía en la Candelaria a 24 de Mayo. Respondíle a 25. Y a 29 de Mayo fueron desde el Yapeyú las respuestas hacia Buenos Aires. Embiáronse luego sus cartas a los Curas, y se les comunicaron todos sus papeles, y como él ya nos daba tanta priessa que **ganando instantes** se comenzase la transigración en aquellos Pueblos que tenían sitio, etc., se les ordenó que transportassen alguna hazienda como luego Santo Anjel transportó algodón, San Luis yerba, San Borja algodón, lana, lienzo. Santo Thomé mudó sus animales y la Cruz pasó cerca de 150 cabezas de vacas y crías de mulas. Ordenóse también que los Trinitarios y Jesuatos hiziessen ranchos para los de Santo Anjel, y los Thomistas ayudados de Borjistas hiziessen ranchos en Santo Thomé para los de S. Borja (no habiendo podido determinar sobre el Queguay por saberse lo que avían determinado los Yapeyuanos). Y como venía ésto ya en tiempo de chacarería, se les persuadió que juntamente se empleassen en la chacarería, porque se esperaba que dieran tiempo.

Duda sobre la chacarería deste año

22. Pero para no errar en ello, se recurrió al P. Provincial preguntándole qué avían de hazer; si avían de alzar totalmente la mano de la chacarería o cómo? Pero sucedió que caían tantas lluvias del cielo que no se pudo proseguir con el transporte de hazienda, y todo se atrasó.

23. Desde aquí ya comenzó alguna confusión en los Pueblos que se avían de mudar, porque aviendo los Curas leído las cartas del P. Comissario para ellos y para mí, leído la Cédula Real y Real Tratado, y visto la efecacia del P. Comissario, en que los exhortaba con "luego, luego" "sin perder instantes", etc., los que ya tenían excojido puesto, se daban piessa en componer sus cosas y querer luego caminar y llevar familias. Uno quiso embiar 200 al puesto nuevo sin aver ni un rancho, otro, desconfiando, pudiesse conseguir de los Indios las dos cosas, que hiziesen juntamente chácaras, y se mudassen o transportassen hazienda, trató de caminar con 115 carretillas y mudar ganado y este no poco; otros que todavía no tenían excojido puesto, instaban por él, como si ya el General Hanibal estubiese a las puertas. Otros ya sentían algunas semillas de alborotos en sus Indios, y por ésto andaban algo más de espacio, esperando que con la venida del P. Comissario, que se esperaba presto, se aclarerían algo más las cosas y se remediaría todo.

Resulta sobre la chacarería

24. Entre tanto vino la resulta de la propuesta del P. Mathías Estrobel, que no se le admitía, y así entreguéle el oficio de Superior a 22 de Junio de 1752, y los dos casi juntos nos encaminamos hacia el Yapeyú para recibir

al P. Comissario, que según nuestro cómputo a fines de Junio estaría en el Yuquerí, pero como él no salió de Buenos Aires sino a 20 de Julio, esperámosle en el Yapeyú aun bastantes días, como después lo diré.

25. A la pregunta que yo hize al P. Provincial sobre si los Pueblos que se han de mudar avían de hazer chácaras o cómo? respondiome Su Ra prontamente de Buenos Ayres, su fecha a 24 de Mayo, y me dixo que sí, que las habían de hazer, aunque el Comissario Portugues, por el mucho deseo que tenía de los Pueblos, avía advertido al Señor Marqués de Valdelirios, no permitiese que las hiziessen para no retardar el negocio de la entrega por las sementeras, y me añadía, se avía convenido con los Comissarios, se les darían tiempo de tres años.

Consolámonos con esta noticia. Y luego se la comuniqué a los PP. Casi al mismo tiempo a pocos días después recibí carta del P. Comissario, su fecha a 23 de Mayo y decía así: que aunque era verdad que convinieron en conceder 3 años de término, pero podía suceder que el Comissario Portugués no consintiese y obligasse al Sr. Marqués de Valdelirios a otra cosa según el Tratado Real que en término de un año solo se hiziesse todo; y así que ¡luego, luego! busquen terreno, muden ganado, ganando instantes, etc.

Intimé también ésta a los Pueblos, con harto sentimiento de todos, pues bien se veía que las cosas no andaban bien: cartas encontradas del P. Provincial y Comissario sobre el mismo negocio, de diferencia de solo un día, y quizás no entero, y que no se podría tener seguridad en nada, sino en la cierta perdición de estos Pueblos con estas priessas. Este punto de averme escrito el P. Provincial sobre que se hiziessen chácaras y que avían prometido tres años de término, y de averlo yo luego intimado a los Pueblos, fué "petra scándali" con el P. Comissario, y aunque yo luego intimé también la suya contraria a la del P. Provincial, no obstante sobre ésto levantó él varios horóscopos y decía que iban las cosas bien, y que con esta intimación de chacarería se había perdido todo, siendo la verdad, que ésto fué el único remedio, que no perdiessen los Pueblos por falta de comida, aun antes que se comenzassen las transmigraciones. Este punto él varias veces me lo sacó en las conversaciones con palabras misteriosas y algo preñadas.

Alboroto de los nicolaistas

26. Hasta aquí de prevenciones; aora veremos los primeros alborotos de los Pueblos, que comenzaron aun antes que el P. Comissario llegasse al Yuquerí, adonde él legando halló una carta mía en que le daba noticia de dos Pueblos alborotados, que fueron el primero San Nicolás, y el 2.º San Miguel. Los dos Curas también le escribieron sobre ello. El caso, pues, fué, como se sigue.

Después que el P. Juan Franc. Valdivieso halló y probó el puesto entre la Trinidad e Itapúa, embié yo un **mapita** a los Nicolaistas de la tierra, para que lo supiessen y viniessen a ver su puesto. Ellos lo miraron y dixerón rotundamente al P. Carlos, su Cura. que no necessitaban de tales tierras, que ellos tenían tierras de sus avuelos, en que estubieron siempre y estaban bien, y que tenían su Iglesia y buena, y Pueblo hecho todo con el sudor suyo de muchos años; y que no lo avían de dexar por estar enterrado en ella el P. Raphael Genestar, que les ha querido tanto, y no le dexarían de ningún modo.

Avisado yo desto y queriéndoles sossegar, escribí al P. Carlos, viniese en persona con algunos Cassiques y su Corregidor para ver otra tierra, supuesto que no querían la primera, que se sossegassen, que no estaba nada perdido, que Dios nos ayuda para que hallásemos tierras para ellos, y que se acordassen de lo que me avían prometido, quando estuve allá a intimarles la voluntad de N. Rey, etc.

Explicóles mi carta el P. Carlos, convidó a varios Cassiques que viniessen con él. Respondiéronle desvergüenzadamente no querían, y si quería que viniessen, embiasse soldados por ellos, etc. Vino el P. Carlos y vino con él el Corregidor y algunos mossos de buena voluntad, y entre ellos dos Cassiques y un caballerisso Indio ya viejo; quando quisieron venir, les escondieron los caballos para impossibilitarlos. Al Corregidor le dixerón mil desvergüenzas y aun decían que al Corregidor su propio hijo le despició una flecha que le erró. Desto no supo nada el P. Carlos, ni el Suplente, que quedó en su lugar, pero tráxonos esta noticia el Corregidor de San Angel, que pasó pocos días después del caso por San Nicolás, y lo averiguó del por mi orden el P. Pedro Sanna y me lo escribió a San Carlos. Vió el P. Carlos las tierras del Tuyunguazú y las excogió y los que fueron con él lo aprobaron.

Mientras el P. estaba absente, se alborotaron más, se armaron, aun los enfermos armados venían al P., quando le avisaron de un enfermo. Decían, que no se querían mudar, y que avían de matar a los que quisiessen mudarse; y si querían transportar hazienda, matarían los bueyes. Juntáronse todos un día en la plaza en esquadron como para pelear, porque avían oído (aunque falsamente), que venían soldados del Paraná para sacarlos por fuerza.

Antes que viniese el P. Carlos llamé a la Candelaria al Cassique principal, a quien juzgaban por author de este alboroto. Hablé con él dos veces y no le he podido sacar, de que yo me podía valer para castigarle. Todo eran despropósitos de una mala cabeza.

Díjome entre otras cosas de esta mudanza "y yayeramo y yayene", "no decís vosotros mismos, que aunque el infierno se levante contra la Iglesia que no ha de prevalecer. Ay está nuestra Iglesia, pues, y así aunque ahora se levante contra ella el demonio y el infierno, no prevalecerá contra ella".

Consulté con mis CCes. (consultores), que se podía hazer con semejantes malas cabezas, y fueron los más de parecer que se tuviese paciencia para no empeorar las cosas, y que con castigarlos se podían enfurecer, y si saliese mal, a nosotros darían la culpa de todo.

No obstante le amenazé de quitarle la bara. Respondióme luego, no necesitaba de bara y semejantes disparates.

Volviendo el P. Carlos a su Pueblo, dixerón los del Pueblo a los que avían ido con él mil infamias a su modo, llamándoles pobres Paranenses. A los de San Luis que passaban y transportaban su hazienda por la estancia de San Nicolás, queriendo mudarse según el orden Real, hizieron lo mismo. En el Pueblo todo era exercitarse en las armas, hazer flechas y lanzas, chicos y grandes, ni querían oír palabra de mudanza.

Decían que si los PP. querían irse, podían, pero que ellos no irían mudán-

dose, y ni querían entregarse a los Portugueses, sino meterse otra vez a los montes.

Yo, como avía sido Cura de ellos, dos veces su Superior y Provincial y les avía visitado tantas veces ya de Superior, ya de Provincial, quise probar, si les podía mudar y persuadir con cartas mías. Les escribí en una carta quantos motivos me parecían buenos para ellos. Leyóseles la carta tres veces en el púlpito de su Iglesia y fuera.

Les obligó el P. y les dió papel para que me respondiessen. Respondieron, no querían mudarse, y todo mi trabajo fué perdido. La respuesta de ellos queda con los demás papeles en el archivo. En tiempo que el P. Superior andaba por ay en su Visita, cogieron a un mulato cassado con una Nicolaista, estanciero suyo, que por orden del P. se prevenía a dar unas rezes a los Demarcadores, quando viniessen. Pusiéronle en la cárcel, diéronle de palos y quisieron matarle diciendo quería entregar a los Españoles su ganado y a los Portugueses. Hallaron al mismo P. Superior pidiéndole con gritos sacasse al P. Carlos o le mandasse no les hablasse más sobre la mudanza.

Esta fué la primera semilla de los alborotos, aunque no sucedieron todas estas cosas a un tiempo, sino unas en un tiempo y otras en otro. El Capitán o Corregidor suyo por haber estado siempre pronto a obedecer, se hubo de huir, y mientras ésto escribo, todavía está en la Concepción con toda su familia. Para alborotar a los Nicolaistas ayudó un Indio Martireño, que vino de los Portugueses, entre los cuales estubo algunos años, y sabía todo lo que passaba acerca de la entrega de los 7 Pueblos, diciéndoles traían muchas piezas de artillería, pero que sus caballos eran pobrísimos, y que decían los Portugueses que ellos no avían pensado en estas tierras, sino querían cortar por otra parte, pero que los Castellanos se lo daban y querían entregar, y que si los PP. resistían, habrá guerra; contó también que los Infieles avían muerto dos compañeros suyos mestissos portugueses, que venían con él. A él le cogieron los Nicolaistas vestido a la portuguesa en su estancia, le despojaron y le llevaron presso a su Pueblo.

Alboroto del pueblo de San Miguel

27. El 2.º Pueblo que se alborotó fué el de San Miguel quando vieron que el P. Diego Palacios no solo se prevenía con toda eficacia a la transmigration, sino que también ya salía con 115 carretillas, hazienda y familias. Para quietarlos fué menester volver las cosas de la Iglesia.

Pero passó el alboroto muy adelante, de suerte que fué menester desistir del todo y persuadirles hiziessen chácaras, mientras llegasse el P. Comissario y dispusiesse las cosas. Desvergonzáronse muchos contra el P. Diego y Miguel Herrera, aviendo ido los dos a medio camino de la estancia a un río llamado Torapí para proveer las cosas. Los que avían de caminar adelante con sus mujeres, tomaron las mulas y caballos que querían, tomaron sus mujeres y se volvieron al Pueblo. Al caballerizo del P. Miguel de Herrera lo mataron, las cartas las abrieron, y otras mil insolencias diciendo que el P. Diego y Herrera no más pensaban en ésto y los querían entregar a los Portugueses.
